

Transformar la memoria en proyectos. Vida Religiosa e invención del futuro.

José A. García, sj

Introducción

Un estudioso actual de la Vida Religiosa, Bruno Secundin, ve en ella síntomas preocupantes de *anemia* y de *anomía*. La "anomía" estaría apuntando a situaciones de ambigüedad en la que, por una parte, lo viejo y usado se hace cada vez más insignificante para el mundo, pero sigue siendo objeto de recuperaciones nostálgicas; por otra, lo nuevo no acaba de despegar. La "anemia" consistiría precisamente en esa falta de impulso para convertir en "novedad" lo que en sus orígenes fue realmente nueva y significativa vivencia del Evangelio en el mundo: una cierta impotencia para transformar la memoria en proyectos. Esta anemia estaría en la raíz de muchos modos de vida más preocupados por administrar el pasado que por preparar el futuro. Pues bien, allí donde se junten la crisis de riesgo -temer al futuro, más que prepararlo- con la *crisis de identidad* -dificultad para encarnar lo que la Vida Religiosa está llamada a ser para la Iglesia y la humanidad actuales-, los efectos paralizantes serán imposibles de evitar.

Un análisis de la Vida Religiosa que terminara ahí no sería, sin embargo, objetivo. No definirá bien la complejidad de lo real. Al lado de esos síntomas preocupantes existen otros llenos de invención profética cuyo denominador común lo constituye un seguimiento místico-político de Jesús que se traduce en vivir con Dios y, desde él, su acercamiento salvador -y por ello misericordioso y gratuito, pero también transformador- a las condiciones reales de una humanidad necesitada de "esa" salvación. Tal vez el aspecto más trágico de las actitudes nostálgicas y restauracionistas esté en no haber caído en la cuenta de que se han producido *tales cambios* en el hombre y en la cultura que lo modela, en la sensibilidad y conciencia

crítica con respecto a los problemas del mundo, en la comprensión teológica del sueño de Dios sobre la familia humana, que hacen imposibles e insignificantes para esta situación formulaciones, estilos de vida y prácticas apostólicas usados en otras épocas y para otras culturas.

¿Quiere esto decir que hay que operar un vaciamiento total del pasado, como si cada Congregación Religiosa tuviera que partir de cero?. En absoluto. El reto no está en el vaciamiento total, sino en lo ya apuntado: *transformar la memoria en proyecto* al hilo de una fina alianza dialéctica entre la imaginación y la fidelidad. Fidelidad a la memoria de Jesucristo y a la originalidad con que el propio carisma intentó vivirla; imaginación para que esa memoria florezca en forma de proyectos que continúen la salvación de Jesús en *este mundo*.

Una pregunta para cerrar ya esta introducción:

¿Dónde tendrá que tomar impulso la Vida Religiosa para pasar, de la situación de dar vueltas por la pista, al despegue?, ¿de qué memoria tendrá que vivir y qué proyectos concretos tendrá que alumbrar?, ¿en qué puntos calientes del mundo está su cita con Dios?, ¿con qué sabiduría abordará las nuevas tensiones y las asinaturas que aún le quedan pendientes?...

1. Dios y su Reino en el centro: la vida de fe como dinamización radical

No existe primero la Vida Religiosa y después, una vez constituida con sus propios medios jurídicos y de realimentación espiritual, su articulación carismática al servicio del Reino de Dios. Dios y su Reino están en su comienzo provocando su nacimiento, constituyen el centro en torno al cual se produce la con-vocación de la Congregación y de cada comunidad y señalan el horizonte de toda su posible dinamización histórica. El “despegue” de la Vida Religiosa está en una relación directa con la captación y vivencia de la centralidad del Reino de Dios en todo lo que ella es y quiere hacer en el mundo. De esa centralidad depende también su capacidad de traducir, en proyectos que expresen la novedad del Evangelio para nuestra sociedad, la memoria carismática de la que procede cada familia religiosa.

En los comienzos de cada familia religiosa suele encontrarse un triple movimiento cuya recuperación podría ayudarnos hoy a canalizar el seguimiento radical de Jesús en forma de proyectos concretos de dinamización histórica. Este triple movimiento está caracterizado por una conversión totalizadora a Dios -pasión por Dios-; una experiencia de “aflicción” por la humanidad -pasión por el mundo-; una

respuesta organizada que trata de dinamizar el mundo en la dirección del sueño de Dios sobre él. W.Bruggemann ha señalado brillantemente cómo, en la imaginación, la crítica está siempre precedida de la capacidad de aflicción -aflicción por los males que experimentaba el pueblo- y seguida de propuestas dinamizadoras. Fundadores y profetas no son muy distintos en cuanto al modo de funcionamiento de su imaginación.

¿Cómo podría recuperar hoy la Vida Religiosa esa capacidad de novedad y de invención? El primer paso está, sin duda, en *dejarse afectar por la realidad*. No la de siglos pasados, sino la de hoy. Y para eso conocerla y experimentarla. Ahora bien, ese dejarse afectar por la realidad, y la consiguiente experiencia de aflicción que produce, tiene un primer nivel humanista, ético, ideológico, que es absolutamente bueno, pero que no define bien todavía lo que sucede en los fundadores y los profetas. Pasando por ese primer nivel, perforándolo, no saltándose, el fundador y el profeta descubren que el dolor del mundo es dolor de Dios. Por eso su aflicción es humana (por el hombre) y teologal (por Dios) al mismo tiempo. Por eso también su respuesta a la aflicción de Dios pasa siempre por las dinimizaciones históricas de la justicia, la paz, el amor y la compasión hacia el hombre despojado de ellos.

Al fondo de ese dejarse afectar por la realidad se abre, por tanto, un segundo paso, una pregunta "naïf" que no debería caérseles de los labios hasta convertirse en un foco generador de espiritualidad y de misión: *¿Cómo estás, Dios mío?; ¿qué quieres de mí y de esta comunidad?* Porque creemos que Dios está en los acontecimientos, personas, situaciones históricas, etc., y porque sabemos que ése es el lugar de cita con él para ser cooperadores de su sueño. Queda claro que esta pregunta es casi banal o que puede ser incluso fuente de respuestas prefabricadas o totalmente interesadas, si no se hace desde el fondo de la inmersión en este mundo y desde la capacidad de afligirse, y también de gozar, por lo que en él está pasando. Vivir de fe es vivir de esa pregunta constante y radical; es el intento humilde y desposeído, pero lleno también de posibilidades dinamizadoras, de "buscar y hallar a Dios en todas las cosas": no sólo en la oración -aunque también, por supuesto, en ella-, sino en todas las cosas.

Cómo esté Dios y qué quiera de nosotros, sólo lo sabe el Espíritu de Dios, es decir, la Imaginación que el Resucitado envió a este mundo con la doble misión de ser para nosotros recuerdo e invención. Recuerdo de quién fue Jesús para nosotros e invención del futuro de un mundo según Jesús. El tercer paso de esa centralidad del Reino de Dios para la Vida Religiosa hace referencia, pues, a la *docilidad al Espíritu a través del discernimiento apostólico*. Tema difícil, asignatura pendiente a punto de morírseles entre manos, pero cargada aún de posibilidades si sabemos

distinguir lo que se puede hacer con esa herramienta apostólica de otras cosas que nos se pueden pretender, por ejemplo, llevarla indiscriminadamente a todo tipo de comunidad. El corrimiento de vocabulario desde “Discernimiento Comunitario” a “Discernimiento en Común” es significativo a este respecto. Hay un tipo de comunidad que sí puede discernir junta, y otro tipo que no puede y, por tanto, tal vez no debe. Las posibilidades mayores que aún le quedan a esta herramienta apostólica se refieren a aquellos grupos, de la misma comunidad o no, que están embarcados en una tarea común, que quieren sustituir la discusión o confrontación ideológica, como método para definir lo que hay que hacer, por el ejercicio de ponerse juntos a la escucha del Espíritu de Jesús, y que para ello oran juntos a la escucha del Espíritu de Jesús, y que para ello oran juntos, se vacían de pre-juicios, salen del propio amor, querer e interés y, desde ahí, analizan hechos, estudian mediaciones, articulan su libertad en la libertad de Dios inteligente y orantemente percibida. Está comprobado. Donde este método se pone en juego, aunque sólo sea en modo embrionario, crecen experiencias “espirituales” tan preciosas como éstas: la búsqueda de lo que hay que hacer se hace desde el Dios encarnado y actuante en el mundo, no desde mí; las ideas, los análisis, la auscultación de los signos de los tiempos bajan de la cabeza al corazón y se convierten en percepciones vinculadas al Espíritu que habita en mí y en los otros; la ausencia de toda agresividad y descalificación personal hace que “los fuertes se hagan débiles y los débiles fuertes”, facilitando así la libertad para expresarse de los unos y la escucha vulnerable de los otros... No es extraño ni fruto menor de este tipo de discernimiento en común que se produzca por añadidura, entre quienes lo practican, un tipo de comunicación y de amistad mucho más profunda y satisfactoria.

¿Soñamos demasiado si nos atrevemos a pensar que una vida de fe así entendida es capaz de hacernos despegar de la atonía y transformar la memoria de la que vivimos en nuevos proyectos dinamizadores? En todo caso, una de las características de Dios, desde la anciana Sara a la joven María, es llevar al hombre y a la mujer hacia lo “imposible”: generar una vida que era imprevisible. “¿No ere tú acaso Señor de lo imposible?”, decía Carles de Foucauld.

2. La convergencia de todas las misiones hacia el “reino de la inclusión”

Desde los años 50 hasta hoy, hemos vivido en la Vida Religiosa una enorme diáspora ideológica y pastoral. Las causas de esta diáspora hay que buscarlas en varios frentes: desde la distinta recepción del Vaticano II hasta las distintas maneras

de entender la función de la Vida Religiosa en la Iglesia y en el mundo, pasando por las inevitables tensiones que estos dos hechos produjeron y el efecto general y progresivamente creciente del individualismo apostólico. La convergencia -no hablamos de uniformidad- de todas las misiones hacia una única Misión que podía esperarse de un cuerpo religioso guiado por una inspiración común, se quebró. Daba la impresión de que en cada frente se luchaba por cosas, si no inconexas, sí profundamente desarticuladas.

Tal vez, en ese sentido, hayan pasado los años peores. Pienso, sin embargo, que nos queda aún una inmensa tarea por hacer y que lograr esa convergencia apostólica es una de las condiciones esenciales del “despegue” de la Vida religiosa, tras dar vueltas y más vueltas por la pista. Esa convergencia mayor está en la base de que una memoria colectiva se transforme en proyectos significativos y coherentes para la Iglesia y para el mundo.

¿Qué podría actuar como catalizador de esa convergencia creciente? La respuesta ineludible, pero poco operativa, es clara: el Evangelio, vivido, proclamado y operado en el mundo a impulsos del Espíritu de Jesús. ¿No podríamos encontrar -sin salirnos de él, del Evangelio- un concepto más operativo y centrante de todo nuestro ser y actividad? Creo que sí, y me gustaría hacer una propuesta en esa dirección: aquello hacia lo que converge la Vida Religiosa como estilo de vida y como acción es el “Reino de la inclusión” (W. Bruggemann). Su misión es ser sacramento y profecía de esa inclusión. Es posible que, llegados a esta formulación, lo mejor fuera dejar que la metáfora se expresara por sí misma. Quisiera únicamente dejarla hablar en estas cuatro direcciones:

- Una tras otra, todas las Cogregaciones han expresado en sus últimos Documentos que la opción preferencial por los pobres constituye un horizonte irrenunciable del Evangelio y, por tanto, de su vida y de toda su acción. Opción por los pobres y Reino de la inclusión son dos conceptos totalmente equivalentes.

- ¿Inclusión de quiénes y dónde? la lista sería inmensa. Sólo por poner algunos ejemplos: de los pobres, en unas condiciones humanas de vida; de los parados forzosos, en un reparto solidario del trabajo; del Sur, en los medios de vida del Norte; de los inmigrantes africanos, latinoamericanos y asiáticos, en Europa y Estados Unidos; de la mujer, en la sociedad y en la Iglesia; de los pecadores, en el perdón y la gracia; de los increyentes, en la experiencia del amor de Dios...

- Este horizonte irrenunciable de convergencia no impone que todos los religiosos y religiosas estemos trabajando *en lo mismo*, ni siquiera en el mismo medio social. Pero sí todos vivamos y trabajemos *para lo mismo*, cualquiera que sea la mediación

apostólica en la que estemos insertos. Mi impresión en este punto es que nos falta todavía mucho convencimiento evangélico de que el Reino de Dios es un Reino de inclusión, y mucha lucidez -no es fácil tenerla- para saber cómo orientar determinadas instituciones (Universidades, Colegios, Institutos de Pastoral, Parroquias, comunidades de inserción...) hacia ahí.

- Socializar al máximo en cada Cuerpo religioso esta convergencia de todas las misiones hacia el Reino de la inclusión, discernir las ubicaciones sociales y las mediaciones apostólicas desde las que se le pretende construir y crear unión de corazones en torno a ese Reino común, me parecen tres tareas urgentes y preciosas para el momento presente.

La Vida Religiosa está llamada a ser un sacramento y una profecía del Reino de Dios como Reino de inclusión. Lo será -ya lo está siendo en muchas ocasiones- cuando, por su forma de vivir la comunidad y por las misiones en que está empeñada, "desmienta que la filiación y la fraternidad son imposibles". Porque el extrañamiento del hombre como hermano y de Dios como Padre resume todas las formas que adopta el anti-reino de la exclusión.

3. La comunidad como "encarnación plástica" de nueva humanidad

El "despegue" de la Vida Religiosa y su capacidad de transformar la memoria en proyectos no está sólo en función de lo que sea capaz de hacer, sino también de lo que sea capaz de *ser*. Más hoy, cuando por todas partes se echan en falta modelos de referencia donde pueda inspirarse la vida individual y la convivencia humana. Vivir ya la "inclusión" puede ser tan importante y significativo para el mundo como predicarla y luchar por ella. En ese sentido, la comunidad religiosa, dependiendo de cómo se realice a sí misma, está llamada a ser una forma de invención profética.

Tiene razón seguramente Bruno Secundin cuando señala tres cosas en relación al hecho comunitario. La primera es que, con respecto a años pasados, las experiencias comunitarias se hallan en *claro reflujo*. ¿Qué ha motivado este refluir y hacia dónde lleva? Una cuestión importante a discernir. La segunda es que el *boom* que conoció en años pasados este tema llevó a una nivelación de las diferencias carismáticas y a la prevalencia de un modelo comunitario de "fraternidad" que no puede estimularse sin más. "Es preciso descubrir los valores de las diferencias entre el proyecto monástico (centrado en Dios), el proyecto conventual (centrado en Cristo), el proyecto apostólico (centrado en el servicio al hombre) y el proyecto

misionero (centrado en el encuentro con los no creyentes). En estos últimos años muchas comunidades han seguido quizá formas de fraternidad que se resentían de “narcisismo simbiótico”... La comunidad religiosa tiene que ser una provocación profética para un mundo atrapado en repliegues histéricos sobre sus propias necesidades radicalizadas en la huida a lo privado y a la subjetividad, pero también en “falsas comuniones”.

Perfecto. El diagnóstico apunta hacia algo peligroso y real que habrá que tener muy en cuenta. El problema estriba en que la alternativa a ese peligro no puede canonizar el peligro contrario, ni siquiera para la vida religiosa así llamada apostólica: un tipo de comunidad de relaciones anónimas, con una experiencia muy baja de con-vocación teologal y donde el otro o la otra se parecen más a un accidente sociológico que ha ocurrido en mi vida que a un don de Dios. Mi impresión es que justamente el servicio al hombre que está en la base del proyecto apostólico está exigiendo, para mantenerse creativo y no quebrarse, que la comunidad quede atravesada por significativas corrientes de plegaria, discernimiento, fiesta y afecto. ¿No será algo universalizable a la Vida Religiosa, también apostólica, lo que el Vaticano II afirma de toda la Iglesia: “un signo o sacramento de la íntima unión con Dios y de la unidad del género humano” (LG, 1)? Si La Vida Religiosa quiere vivir radicalmente estas dos condiciones esenciales de la Iglesia de Jesucristo, y ser así un “cuerpo para el Espíritu”, tendrá que cuidar no sólo la unión con Dios, buscada en la oración y en el corazón mismo de la acción, sino también “encarnar plásticamente”, aunque necesariamente a escala, una prefiguración de humanidad alternativa donde la ley de la convivencia sea la misericordia entrañable, el amor sincero, la capacidad de conllevarse..., la nueva unidad -otra vez profecía de ilusión- del género humano como familia de Dios.

Por exceso o por defecto, la comunidad es una de las asignaturas pendientes de la Vida Religiosa en el momento actual. Ese hecho, aparte del significado que pueda tener en sí mismo, está condicionando fuertemente la vida humana, afectiva y espiritual, de los sujetos y su misma vitalidad apostólica. Por eso me parece tan importante. Sugiero únicamente que, *si hay un refluo de búsqueda y experimentación en esa dirección, no deberíamos renunciar al intento de articular subidamente en la comunidad, con los matices que sugiera cada carisma, la oracional con lo afectivo y lo apostólico. Y darle forma en momentos y prácticas concretas.*

4. Conclusiones

1. No estamos condenados a tener que vivir "entre la anemia y la anomía". La doble condición para salir de ellas es *dejarse afectar por la realidad* y radicalizar dentro de ella la vocación a *"reproducir la imagen del Hijo"* (Rom 8, 29), el "como yo" evangélico (Jn 15, 9-12).

2. La "memoria" forma parte de nosotros mismos, pero no las añoranzas de restauración. Dios viene del futuro, y por eso deberíamos estar mucho más preocupados *"por inventar el futuro de la Vida Religiosa que por administrar su pasado"*.

3. Jesús sigue siendo "moderno y significativo" para mucha gente, dentro y fuera de las iglesias. Sigue siendo "querido" por infinidad de hombres y de mujeres. Mucho más que la Iglesia y que nosotros. El problema, por tanto, de la Vida Religiosa, si quiere ser significativa para el hombre y la mujer de hoy, no está *"en adaptarse más al mundo, sino en configurarse más a Jesucristo"*.

4. Esa mayor configuración con Jesucristo habría que orientarla hacia una mística en la que la experiencia de Dios, personal y comunitariamente vivida, llevara a una forma alternativa de conciencia y de vida y a un compromiso ético e intelectual en favor de la fraternidad universal. A Jesús, el hecho de ser plenamente *de Dios* no le fue obstáculo, sino posibilidad de existir totalmente *para el hombre*. Y al revés.

5. Hay tres significaciones posibles e irrenunciables de la Vida Religiosa en el mundo de hoy: *el ministerio de la inclusión* como horizonte estructurador de todas las misiones; ser *"un mundo a escala"* por el modo significativo de vivir la comunidad humana; *practicar la plegaria y confesar el amor salvador de Dios* desde el seno de toda acción liberadora.

6. El hombre moderno no está muerto. Está sólo anestesiado, dormido. Es "mejor" que la cultura que produce. La esperanza está en que alguien cercano a él, como Jesús, se le aproxime y le diga: *"Talitha qum", hombre, mujer, levántate*. ¿No sería precioso que la Vida Religiosa -su ser y su hacer- se pensara en esa dirección?